La Última Curva

Art. 46

30 de diciembre de 2025

Una historia sobre la Nochevieja

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

“Nochevieja y otras ciencias exactas”

Es Nochevieja.
Ese día en el que la humanidad demuestra que **no aprende**, pero insiste con entusiasmo.

Llegas a casa tranquilo.
Con buenas intenciones.
—Este año, relax.

Mentira numero uno.
A los cinco minutos ya estás ayudando en algo que no sabes hacer,
siguiendo órdenes contradictorias
y pisando a alguien sin querer.

Fin de año es fascinante porque **nadie escucha**, pero todos hablan.
Todo el mundo cocina.
Todo el mundo manda.
Y, curiosamente, **nadie es responsable de nada**.

—No pongas eso ahí.
—¿Quién ha puesto eso ahí?
—Eso siempre se ha hecho así.

Frases que solo existen en las Navidades.

La casa está llena.
La mesa también.
Y la nevera… bueno, la nevera ya está en estado crítico desde las once de la mañana.

Todo empieza muy bien.
—¿Quieres algo?
—Nada, luego.

Mentira número dos de la noche.

A los diez minutos ya hay una copa en la mano.
A los veinte, dos.

Y a la media hora alguien dice:
—Esto no emborracha, ¿no?

Claro que no.
Es Navidad.
El alcohol en Navidades **no emborracha**, solo da calorcito y opiniones.

Y entonces aparece la magia.
La gente se vuelve experta en todo:
política, economía, fútbol, vacunas, tráfico…
y curiosamente **todo el mundo conduce de maravilla, mejor que Fernando Alonso**.

Avanza la noche.
Se canta.
Se grita.
Se brindan cosas muy profundas tipo:
—Bueno… lo importante es la salud.

Y acto seguido:
—¿Otra?

Coherencia navideña.

Luego viene la mesa.
Un espectáculo coreografiado por el caos.

La mesa se expande como el universo
Platos que no combinan.
Sillas que aparecen de universos paralelos.
Y alguien diciendo:
—Si cabemos, si cabemos.

No cabemos.

No hay espacio,
pero alguien dice:
—Si quitamos eso…

Ese "eso" suele ser tu codo.

Pero nos sentamos igual.
Porque en nochevieja **la lógica se suspende**
y el espacio se comprime por amor… o por obligación.

—Siéntate ahí.
—No, ahí no.
—Da igual, muévete.

No sabes por qué,
pero ya has hecho algo mal.

En esta cena **todo el mundo tiene prisa**
para sentarse a no hacer nada durante cuatro horas.

Y llega la sobremesa.
Ese momento en el que el tiempo se detiene
y empiezan las historias que nadie pidió:

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeño…?

No.
No me acuerdo.
Y tampoco quería.

Pero escuchas.
Porque la Navidad también es sobrevivir

Y entonces alguien mira el reloj.
No sabe por qué.
Pero lo mira.

—¡Las uvas!

Pánico.

La sobremesa se transforma en **operación especial fin de año**.
Aparecen bolsas.
Platos.
Copas.
Doce cosas redondas por persona…
o dieciocho, "por si acaso".

Nadie sabe cuántas hay.
Nadie sabe de quién son.
Pero todos están convencidos
de que **las suyas son las correctas**.

—¿Estas son grandes?
—Da igual.
—¿Valen aceitunas?
—No.
—Bueno… sí.

La tele se enciende.
Volumen a tope.
Silencio absoluto en la habitación.

Habla alguien desde la pantalla
como si nos conociera de toda la vida.

—¡Quedan dos minutos!

Dos minutos que duran **media hora**.

La gente se coloca.
De pie.
Sentada.
Medio de lado.
Alguien ya está masticando antes de tiempo.

—¡Todavía no!
—¡Que no empiece nadie!

Empieza alguien.

—¡No empieces!

Empieza otro.

Suenan las campanadas.
O algo parecido.

Caos.

Uvas que no entran.
Uvas que entran de dos en dos.
Uvas que desaparecen misteriosamente.
Gente contando en voz alta números que no cuadran y en algún caso ni existen.

—¡Tregg!
—¡No, cuatgro!
—¡Da igual, sigue!

Alguien se atraganta un poco,
pero con dignidad.

Aplausos.
Abrazos descoordinados.
Besos a gente que no veías venir.
Mensajes enviados a personas
que no ves desde 2009
pero que **ahora mismo son fundamentales**.

—¡Feliz año!
—¡Feliz año!
—¡Este sí!

Mentira numero tres.
Pero da igual.
Es tradición.

Luego llega el momento regalos.
Ese instante mágico
en el que todos mienten a la vez, mentira numero cuatro.

—¿Te gusta?
—Me encanta.

Y tú miras el objeto
intentando adivinar
en qué parte de tu vida encajará
un gorro luminoso
o una cosa que claramente
no tiene instrucciones.

Y el gran momento.
El clímax.
El instante clave de la noche:

—Bueno, yo ya me voy.

Silencio.
Miradas.
Evaluación colectiva digna de la NASA.

Y lo mejor es que **nadie se va**.
Aunque diga que se va.

La Navidad es un sitio del que no se sale.
Es como un aeropuerto sin vuelos
pero con croquetas.

Las horas pasan raras.
Son las dos.
Luego las dos y diez.
Luego otra vez las dos.
El tiempo en la Navidad funciona distinto.

Y aun así…
entre el ruido, el desorden,
las risas fuera de lugar
y el caos organizado,
te ríes.

Porque esto es la Navidad.
Un desastre colectivo
al que todos volvemos voluntariamente
cada año
como si no hubiera pasado nada.

Al final decides ponerte el abrigo…

—Bah, si estás perfecto.
Perfecto.
Con una sonrisa torcida, media risa atrasada y un villancico todavía rebotando en la cabeza… pero **perfecto**.

Así que estas fiestas haz lo de siempre:
come de más, bebe lo justo para creerte gracioso, canta fatal y promete cosas que no cumplirás en enero.

Pero cuando llegue la hora de volver…
acuérdate de algo muy simple:

Papá Noel (por ejemplo) puede volar borracho.
Tú no.

Os deseamos lo mejor para el 2026, FELIZ AÑO.